

La Novela Americana Cinematográfica

23



Núm. 23

30 cts. Una aventura en China

por
Karl Dane
y George K. Arthur

RIESNER, Charles



LA NOVELA AMERICANA
CINEMATOGRÁFICA

Publicación semanal

Francisco - Mario Bistagne
Director

AÑO I

NÚM. 23

Una aventura en China

(CHINA BOUND, 1929)

Divertida e ingeniosa película
Interpretada por
Josephine Dunn, Polly Moran, Karl Dane
y George K. Arthur

©

Producción

Metro Goldwyn-Mayer

Distribuida por

Metro Goldwyn-Mayer

Ibérica, S. A.

Mallorca, 220 BARCELONA

Postal-regalo: HAROLD LLOYD

Ediciones BISTAGNE
Pasaje de la Paz, 10 bis. - Barcelona



Prohibida la
reproducción
Revisado por
la censura

Una aventura en China

Argumento de la película

I

Una tienda de antigüedades en los Estados Unidos es un excelente negocio.

En la novísima y libre Norteamérica todo procede de anteayer. Allí no hay cosas viejas. Por eso los norteamericanos se vuelven locos por las antigualas del viejo mundo.

Míster Alister tenía este negocio en los Estados Unidos y tan bien le había ido y le iba, que estaba a punto de ingresar en el gremio de millonarios.

Míster Alister compraba en China, en Italia o en España cosas que estaban destinadas al trapero, y por las que el trapero hubiera pagado sesenta o setenta céntimos—Míster Alister no pagaba más que cincuenta—y, una vez colocadas en su tienda norteamericana sobre un pedestal cubierto de terciopelo, les colgaba

el precio de mil dólares con una desfachatez que le hacía acreedor a otro pedestal.

Alguna vez la antigüedad era verdadera, pero una equivocación cualquiera la tiene.

Lo único de valor que el señor Alister tenía en su tienda era Juanita, una hija encantadora, rubia y gentilísima que atraía a la tienda de antigüedades, una numerosa clientela masculina.

También había en la casa un dependiente, un muchacho joven y sentimental que como dependiente era una birria, pero que el señor Alister soportaba porque le pagaba con dos cuartos.

Entre Juanita y Arturo, que así se llamaba el dependiente, habíase establecido una corriente amorosa capaz de arrancar de cuajo los árboles.

Pero habían de amarse en secreto porque el señor Alister miraba con ojos de león a todo el que se permitía galantear a su hija. A Arturo le hubiera mirado peor aún, porque lo detestaba profundamente y era más pobre que las ratas de las alcantarillas.

Sin embargo, las cosas llegaron a un extremo, que fué preciso poner las cartas sobre el tapete.

—Esto no puede continuar así, Arturo. ¿Es que vamos a estar toda la vida dándonos besos por los rincones?

—Es verdad, Juanita, esto no puede continuar así. Hay que tomar una determinación.

—No hay más remedio que hablar claro con mi padre.

—¡Horror!

—Hay que hacerse el ánimo, Arturo.

—Bueno, bueno. Del mes que viene no pasa.

—¿Del mes que viene? Sería una locura esperar tanto. Además, creo que mi padre ha adelantado su viaje a China. Me parece que se va pasado mañana. De modo que debes hablarle ahora mismo.

Arturo pegó un brinco de metro y medio.

—Eso sí que no. Necesito purgarme. Las grandes emociones son muy peligrosas, y los grandes puntapiés más peligrosos todavía.

—Mira, Arturo. O hablas con mi padre hoy o mañana, o rompo mi pacto de amor contigo.

—¡Eso no, Juanita! Sin ti no podría vivir. Prefiero dos meses de cama a la tumba fría. Te aseguro que mañana habré hablado con tu padre.

* * *

Y Arturo escribió una carta al señor Alister explicándole lo que sentía por su hija y lo que sentía no tener una fortuna que ofrecerle.

Inmediatamente se tomó dos pesetas de aceite de ricino.

Lo que sucedió al día siguiente en la tienda de antigüedades fué epopeyico.

Para colmo de desdichas, el señor Alister les pilló detrás de un biombo besándose como ellos acostumbraban besarse. Más que besar, deglutián.

—Ese matrimonio es imposible! — rugió el padre. — Con qué cuentas, mequetrefe, si con el dinero que te pago no tienes ni para vivir tú solo?

—¡Es que... es que...—balbuceó—si me casara con su hija, no tendría más remedio que subirme el sueldo.

El señor Alister creyó volverse loco. ¿Un aumento de sueldo? Se estremeció de pies a cabeza y de pies a cabeza miró a Slim para buscar el sitio donde propinarle el puntapié.

Al mismo tiempo que levantaba la pierna, exclamó:

—¡Fuera de esta casa para siempre, infame!

Fué inútil que Juanita se echara a llorar, suplicando que no le despidiese.

—¡He dicho que a la calle! Y tú, Juanita, te vendrás a China conmigo. No quiero que ese miserable aproveche mi ausencia para acabar de enloquecerte.

Y como el señor Alister, cuando decía una cosa la hacía, al día siguiente, Juanita y su papá se embarcaron en un paquebote que había de llevarlos a través del Pacífico.

II

Juanita tenía una dama de compañía que la amaba como a una hermana menor.

Se llamaba Sara y era más fea que un esquimal.

Sin embargo, también ella llevaba en el corazón la espina de un amor imposible.

El galán había sido un marinero que nunca se sabía por dónde andaba. Lo mismo estaba en el Brasil que en el Japón, en el Canadá que en Escandinavia.

En mala hora había reñido con él! Se moría de nostalgia y de dolor.

Sara acompañaba a Juanita en el viaje. Al verla llorar sobre la cubierta de aquel barco que tan lejos de su amor había de llevarle, echó

mano de todo su repertorio de palabras consoladoras.

—¡No llore, hijita! Dios se compadecerá de nosotros y dará a nuestros corazones lo que anhelan.

—No, Sara, no. He perdido a mi Arturo para siempre. Ni siquiera voy a tener el consuelo de verle por última vez. Me ha telefoneado diciendo que vendría a despedirme y no le veo.

—Hay tanta gente, que va a ser difícil encontrarle.

En efecto, el muelle rebosaba de multitud, y lo mismo la triple cubierta del paquebote. Centenares de viajeros se acodaban a las bordas superpuestas cruzando las últimas palabras con los amigos o parientes que se agrupan en el muelle.

Entre éstos se hallaba Arturo. Había conseguido ver a su novia en seguida y le hacía señas y la llamaba a gritos, cosa inútil en medio de la infernal algarabía que reinaba.

Se recogieron los pontones y bramó la sirena del buque. Arturo, desesperado, trepó a lo alto de un depósito de carbón.

Llevaba en la mano un ramo de flores y comenzó a agitarlo como si fuera una bandera.

De pronto sintió que el carbón se hundía y que se iba también hacia el fondo del depósito.

Por un gran tubo que comunicaba con el departamento de máquinas del paquebote, se deslizó entre un torrente de carbón.

Arturo no tenía idea de dónde había ido a parar. Sólo supo que el carbón cesó en su viaje

y que su cuerpo se detuvo también, sepultado por la negra masa.

Slim, el fogonero, se quedó perplejo y con la pala al hombro. Sobre el carbón se veía un grupo de flores.

—¡Qué extraño! No sabía que el carbón produjera flores.

Pero éstas comenzaron a moverse y asomó un brazo primero, una cabeza después y en seguida el cuerpo entero de Arturo.

El estado del galán era lastimoso.

—¿Dónde estoy?—preguntó.

—En el paraíso—repuso Slim.

—¡Oh, ya comprendo! El carbón era para el buque y yo he caído con él en el departamento de máquinas. Usted dispense. Me voy en seguida.

Es preciso que el lector sepa cómo era Slim, antes de seguir adelante.

Era un gigantón atlético y más feo que un hipopótamo. Al mover los brazos, sus bíceps se dilataban como montañas.

Pues bien, cuando Arturo habló de marcharse, Slim tendió uno de sus férreos brazos y le cogió por el cuello, alzándolo en vilo como si fuera un pelele.

—Estamos ya fuera del puerto y comprenderás que no se va a detener el buque por ti.

En este momento, entró Harry, el oficial más joven y que peor genio tenía entre todos los tripulantes del paquebote.

—¿De dónde le has sacado, Slim?

—Del carbón.

—Pues ya sabes lo que se hace con los polizones. Dale una pala y que esté echando carbón

hasta que los brazos se le caigan del cuerpo.

Cuando la férrea mano dejó libre la garganta de Arturo, éste se tocó la cabeza para cerciorarse de que la tenía sobre los hombros.

Inmediatamente, Slim le dió una pala, abrió la puertecilla del hogar y le dijo:

—Empieza el trabajo.

Arturo no podía con la pala ni aun cuando estaba vacía. Consiguió llenarla después de grandes sudores y, al lanzar el carbón al hogar, se fué detrás la pala y su cuerpo estuvo a punto de seguirle.

Slim le miró desdeñosamente.

—Para echar carbón hay que tener algo en la cabeza. ¡Aprende!

Y cogió otra pala y arrojó cuatro paladas de carbón con facilidad y destreza admirables.

Arturo tuvo una idea.

—¡Magnífico!—exclamó—. Es usted el rey de los fogoneros.

Slim sonrió alhagado.

—Con la pala en la mano no hay nadie que me iguale. ¿Ves este montón de carbón, y ese otro, y ese otro? Pues bien, a ver si sabes el tiempo que necesito para acabar con él.

—Qué sé yo—dijo Arturo rascándose la cabeza—. Cinco horas.

Slim soltó una carcajada.

—¿Menos?—exclamó Arturo fingiéndose muy asombrado.

—En media hora no queda aquí carbón ni para freír un filete.

—¿En media hora? ¡Imposible! Eso no lo hace nadie en el mundo.

—¿Qué no lo hace nadie? Ahora verás.

10

Y Arturo vió con placer cómo el atleta dejaba el recinto sin una brizna de carbón. Ahora sí que no podría trabajar aunque quisiera.

—¡Admirable, admirable!—exclamó—. Es usted el número uno de los fogoneros.

Slim escupió por el colmillo.

—Pues eso no es nada. ¡Si me hubieras visto hace diez años, antes de perder la salud por culpa de un amor!

—¡Pobre amigo mío! ¿De modo que tenías un amor?

—Ahora la verás. Es un angelito. Siempre llevo encima un retrato de ella.

Y extrajo una cartulina del bolsillo trasero del pantalón.

Arturo quedó estupefacto.

—Esta mujer es Sara.

—Sara se llama. ¿La conoces?—preguntó Slim con avidez.

—Como que es la señorita de compañía de mi novia.

—¿Y dónde está?

—En este barco.

—¿Qué dices? ¿Pretendes burlarte de mí?

E instintivamente le cogió del cuello.

En este momento pasaba Harry, el oficial, por delante de la puertecilla del depósito.

—¡Bien, Slim!—exclamó—. Si no quiere trabajar, te doy permiso para que lo estrangules.

Y entonces, en vez de soltarlo, Slim, para disimular, estrechó más aún el cerco fatal de sus dedos.

III

Cuando Arturo se vió libre de la mortal taza echó a correr hacia la puerta.

Pero Slim le alcanzó y le detuvo.

—No te vayas, amigo mío, y dime toda la verdad.

—Te la diré si me dejas en paz la garganta.

—¡Claro, hombre! Pero comprende que hay que disimular ante la oficialidad.

—Pues disimula silbando “El conde de Luxemburgo”!

—Dime, ¿es verdad que está Sara en este barco?

—Sí, hombre, sí.

—Vamos a buscarla.

—Pero mucho cuidado. Si me ve el padre de mi novia estoy perdido.

—Sí, sí. Hemos de proceder con mucha cautela. Si se entera el comandante, no lo contamos.

Comenzaron a deslizarse por las estrechas cañadas que formaban los camarotes.

De pronto, apareció Harry por una transversal y se quedó perplejo, contemplando a la pareja que tan silenciosamente avanzaba.

Ver Slim al oficial y abalanzarse sobre Arturo fué todo uno.

Una vez más le cogió del cuello y le levantó en vilo.

—¡Ah, canalla! ¡Gracias a Dios que te echo la vista encima!

Arturo estaba aterrado. Aquel Slim era más variable que el mes de febrero.

Cuando Harry se fué, pensando que para vigilar a un prisionero no había otro como Slim, éste soltó a Arturo y Arturo echó a correr.

Slim le alcanzó.

—¿Dónde vas?

—Donde no alcancen tus manos.

—Pero, hombre!... ¡Comprende que!...

—Sólo comprendo que me voy a quedar sin cuello, y entonces, veremos dónde me pongo la corbata.

—Ha sido para disimular. ¿No has visto que el oficial nos miraba?

Esto tranquilizó a Arturo, el cual volvió con Slim a la carga.

Cuando llegaron a los camarotes de primera de lujo, Slim se detuvo a la puerta de uno de ellos.

—Me parece que es la voz de Sara.

Arturo prestó atención.

—La voz de Sara no sé si será, pero que una de ellas es la de mi novia, de eso estoy cierto.

En efecto, habían llegado al camarote de Juanita y allí estaba, en el cuartito tocador, hablando con Sara, la cual se hallaba en el dormitorio.

Arturo abrió la puerta y lo primero que hizo al ver que Juanita no estaba en aquella habitación, fué decir por señas a Sara que callase para sorprender a su novia. Pero no necesitaba haberle dicho nada para que Sara permaneciera muda. No sólo muda, sino petrificada quedó al ver que tras el novio de su señorita aparecía la cabeza de Slim, el hombre que le había sorprendido el seso y la había sumido en una agonía interminable con su alejamiento.

—¡Slim, cordero mío!...

—¡Mi palomita!...

Y el feo se echó en los brazos de la fea.

Fué una escena indescriptible. Por eso nos abstendremos de seguir describiéndola.

Entretanto, Arturo llegó al cuarto tocador, donde Juanita, mientras se arreglaba un poco la cara para que no se le conocieran las huellas de las lágrimas que constantemente derramaba por su perdido amor, lanzaba hondos suspiros.

Al ver a Arturito, quedó tan pálida y sobrecogida, que el novio temió le pasara algo, y, para evitarlo, la rodeó con sus brazos y le aplicó trescientos o cuatrocientos besos en menos que se cuenta.

Cuando Juanita hubo entrado en calor, preguntó a Arturito cómo se las había arreglado para llegar hasta allí y de dónde había sacado el dinero para el pasaje, a todo lo cual contestó el novio cumplidamente.

Se reunieron los cuatro en el dormitorio y estuvieron un buen rato entregados a las delicias del *flirt*, del mimo y del besuqueo.

—¿Cuántas novias has tenido desde que nos separamos? — preguntó Sara soñadoramente a su Slim.

—Te juro que sólo he pensado en ti. Siempre he llevado tu retrato junto a mi corazón.

Y, para demostrarlo, se llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón y sacó el retrato que momentos antes había enseñado a Arturito.

—¡Eso no es el corazón! — protestó Sara.

—¡Bueno mujer!... ¡Es un decir!...

También Juanita y Arturo estaban absortos en su coloquio.

—Me gustaría ver—decía Arturo—la cara que pondría tu padre si me viera.

Como réplica a esta frase, se dejó oír esta otra, formulada en un tono que olía a pompas fúnebres:

—Pues mírame y la verás... por última vez.

No es para dicho lo que pasó por el alma y por el cuerpo de Arturo. La voz era bien conocida. Se volvió cuando los petrificados miembros se lo permitieron y vió que, en efecto, era el padre de Juanita el que había hablado. Sin duda había penetrado silenciosamente después de oír desde la puerta voces extrañas.

Lo que sucedió entonces podría ser cantado por un poeta heroico.

A las voces del padre de Juanita, acudió Harry, el oficial. Instantáneamente, Slim se fué hacia Arturo y le cogió del cuello.

—Detenga usted a esos dos sujetos, señor oficial. Estaban haciendo el amor a mi hija y a su dama de compagnie.

Al ver que era inútil seguir disimulando, Slim soltó a Arturo; pero en seguida lo cogió el oficial por su cuenta.

—Yo te aseguro que de esta no te quedan ganas de volver a dejar la pala—le amenazó Harry.

Y le lanzó un puñetazo que habría estado muy bien dirigido si Arturo no se agachase, con lo que el puño del oficial fué a encontrarse con las narices del señor Alister, el cual fué a parar en medio del pasillo en una pируeta que hubiera representado una fortuna para un artista de circo.

Juanita comenzó a gritar al ver a su padre tendido en el suelo y Sara a rugir:

—Salga usted de aquí. ¿Quién le ha autorizado a entrar en un camarote ocupado por señoras?

—¿De modo que es un camarote de señoras?

—dijo con sorna el oficial—. Entonces no me explico qué hace usted aquí.

El lector pasaría un buen rato si pudiéramos copiar todo lo que salió entonces por la boca de la terrible Sara, pero la urbanidad y la delicadeza nos impide entrar en detalles. Baste saber que, para no oírla, el oficial dió a Arturo el puñetazo que había fallado antes y que acto seguido la emprendió con Slim, pero Slim hizo una flexión con el brazo derecho y cuando el oficial le miraba los bíceps y las dimensiones descomunales del puño, le envió el izquierdo en un movimiento sencillo y elegante que dejó a Harry más inconsciente que un leño.

Y el final, naturalmente, fué que Slim y Arturo fueron encerrados en una celda de la cárcel de a bordo, de donde no debían salir hasta que llegaran a la China.

IV

Como eran obedientes, hasta llegar a China no salieron del encierro; pero, eso sí, apenas el barco tocó la costa asiática, dejaron el encierro.

¿Cómo?

Muy sencillo. Hicieron entrar en la celda a los dos centinelas chinos que les vigilaban y, en cinco minutos, los centinelas eran ellos y los

presos los otros, a los que dejaron convenientemente amordazados y atados de manos y pies.

Salieron a cubierta ocultando el rostro bajo sus grandes sombreros chinos y, viendo que al lado del buque había una barca vacía, se descolgaron hasta ella por una cuerda con la debida



... en cinco minutos los centinelas eran ellos y los presos los otros.

cautela para no ser descubiertos y pusieron en marcha el motor.

Pero en esto una voz les detuvo.

—¡Eh! ¡Barqueros!

Comprendiendo que algún viajero iba a desembarcar y quería contratarles, se acercaron al buque sin pronunciar una palabra, pues la voz

es siempre difícil de disimular, y esperaron a que bajaran los viajeros. Tenían la cabeza baja para que el gran sombrero les cubriera el rostro.

—¡Al desembarcadero! —dijo una voz.

Y la voz fué para Arturo como un pinchazo. Le hizo saltar sobre el asiento.

Era sin duda la voz de su antiguo amo.

Ya estaba la barca en marcha camino del desembarcadero, cuando levantó la cabeza poco a poco y muy cautelosamente, comprobando que era en efecto el padre de su novia el que iba en la barca.

Le acompañaban Juanita y Sara.

Como el señor Alister iba de espaldas, Arturo pudo tocar a Slim con el codo y hacer señas a Juanita.

Juanita, al verles, y vestidos de aquel modo, estuvo a punto de desmayarse.

Desde que los encerraron en el buque no se habían visto, y ahora, al desembarcar, tanto ella como Sara lo hicieron con profundo dolor de corazón, pensando que allí quedaban sus adorados tormentos.

Por eso Juanita no pudo reprimir un gesto de alegría que llamó la atención del señor Alister, el cual se volvió para ver a quién iba dirigido.

—Aquella gaviota, papá —dijo Juanita—, me ha recordado un sueño de la infancia.

—No comprendo cómo un sueño de la infancia puede impresionarte tanto. Has puesto una cara que cualquiera diría que habías visto un camión lleno de dólares.

—¡Por Dios, papá! Tú siempre tan comediente.

Después avisó Juanita a Sara y Sara lanzó un grito al volverse y ver a Slim.

El señor Alister se volvió y dijo algo amoscado:

—¿Qué gaviota?

—¡Oh, señor! ¡Qué susto me he llevado! Me pareció haber visto una sirena flotando sobre la superficie.

—¿Y eso te asusta?

—Es que la sirena tenía cara de hombre.

—Le advierto que no porque tenga cara de hombre ha de producir espanto. Hay mujeres que se las traen.

* * *

En el barco acababan de darse cuenta de que los prisioneros habían huído.

El oficial Harry se mordió los puños de rabia.

—Pero no se saldrán con la suya esos bandidos!—exclamó.

Y cogió a uno de los marineros y le dijo:

—Llama con las banderas a los guardianes del embarcadero y diles que acaban de salir del barco dos americanos vestidos de chinos. Añade que son dos bandidos terribles y que deben enviarlos al otro mundo apenas les echen la vista encima.

Pero los guardianes del embarcadero estaban distraídos y el marinero no lograba llamarles la atención.

Ya comenzaban a cansársele los brazos.

—Sigue, sigue!—le ordenó el oficial—. Di que son descendientes del "Vivihó" y que se comen a los niños crudos.

Pero los del embarcadero no se daban por enterados.

* * *

En cambio, Arturo y Slim se dieron cuenta en seguida.

—Se han dado cuenta de nuestra fuga—dijo Arturo—. Mira cómo mueve las banderas aquel americano.

—¿Sabes lo que dice?—preguntó Slim que conocía el alfabeto de banderas.

—¿Qué dice?

—Que camino del embarcadero van dos bandidos que se comen los niños crudos.

—Uno de esos eres tú.

—Y tú el otro.

—Yo soy vegetariano.

—¡Toma! ¿Eso qué importa? Yo soy fogonero... ¡Mira! Y ahora dice que nos maten apenas nos echen la vista encima.

—¡Caramba, qué broma!

—Como en el embarcadero se den cuenta y recojan las noticias estamos más perdidos que una hormiga en el desierto.

—Pero no se dan cuenta.

—Menos mal. No les quites ojo. Yo prestaré atención a lo que dicen desde el buque.

Hubo una pausa y de pronto exclamó Arturo:

—Ya se han dado cuenta.

En efecto, en el desembarcadero dos chinos miraban con prismáticos hacia el buque.

Uno de ellos ordenó al otro que echara mano de las banderas y comenzó a recoger las noticias, dictando las contestaciones a sus compañeros.

Menos mal que la canoa atracó a los mismos

pies del que hablaba, de modo que la proa quedaba junto a la escalinata y la popa pegada a la pared del muelle.

Desembarcaron los viajeros y Slim, sin pensarlo cogió de un pie al que hablaba por banderas y le arrojó al agua.

Inmediatamente desembarcaron los dos y pasaron por delante de los guardianes que guardaban la puerta del muelle.

El gran sombrero les cubría el rostro. Imitaban a la perfección el menudo paso de los chinos. Gracias a eso no llamaron la atención de los centinelas, los cuales veían pasar hombres de su raza por aquella puerta.

Pero he aquí que de pronto se oyó una voz que debía ser de alarma porque varios chinos comenzaron a correr deteniendo a todo el que encontraban al paso.

—¡Estamos perdidos! —exclamó Arturo.

—Mientras nos queden piernas no hay que perder las esperanzas —replicó Slim.

Y echaron a correr descaradamente.

Un griterío infernal estalló a sus espaldas.

—Tengo la seguridad de que estos tíos nos insultan —dijo Slim—. Pero como ellos hablan en chino, nosotros nos hacemos el sueco.

—Debo de estar más amarillo que ellos.

—Sin embargo, nos vamos a ver negros.

V

La salvación de los fugitivos fué un carroaje metálico, semejante a una gran caja, como el que suelen usar los pueblos civilizados para recoger la basura.

No había nadie junto al vehículo. Se metieron en él de un salto y los perseguidores pasaron casi rozándoles sin verlos.

De pronto sintieron Arturo y Slim que sobre ellos caía una lluvia de pescado, que la tapadera de la metálica caja se cerraba y que arrancaba el carroaje.

El pescado estaba vivito y coleando, lo que aumentó el malestar de los fugitivos, los cuales sentían por todas partes los efectos de las convulsiones de aquellos pobres seres que no por estar extraídos del Pacífico eran pacíficos.

El carroaje se detuvo, al fin, ya muy lejos de los perseguidores, y la tapa se abrió.

Los dueños del pescado, al ver salir de entre ellos dos atunes con cara de personas y trenza de chino, echaron a correr encomendándose a Confucio.

Y Arturo y Slim quedaron libres.

* * *

—¿Dónde vamos?

—Donde no haya gente armada.

Y se fueron al azar por las calles de aquella ciudad de la cual ni siquiera el nombre conocían.

Y he aquí que cuando llegaron a una plaza a medio urbanizar y se sentaron sobre unas piedras para descansar y tomar una determinación, vieron al señor Alister, a su hija y a Sara, los cuales esperaban sin duda al mozo que había de llevarles las maletas al hotel.

—¡Mira! ¡Allí están! —exclamó Slim.

Arturo, creyendo que se refería a los perseguidores, dió un salto y echó a correr; pero en

seguida se convenció de que no le perseguía nadie y volvió la cabeza, dándose cuenta de la feliz verdad.

Volvió al lado de Slim y comenzó a hacer señas a Juanita hasta que logró que le viera la muchacha.

Esta se apresuró a escribir unas palabras en un papel y a enviárselo por medio de un chino que en aquel momento pasaba por su lado con un tablón al hombro.

El papel fué depositado sobre una punta del tablón y como el portador iba hacia donde Arturo y Slim se hallaban, éstos pudieron recogerlo tranquilamente sin que el chino se enterara del papelito que acababa de hacer.

Y el papel contenía una cita para aquella tarde en las afueras de la ciudad, hacia el norte.

* * *

Se hallaban precisamente en uno de los puntos menos apacibles de China. La situación de la ciudad atraía a los revolucionarios como atrae la miel a las abejas.

Al día siguiente los vencidos tomaban la contraofensiva y volvían a apoderarse de la ciudad. Pero una semana después volvían los revolucionarios.

Era un divertido e interminable juego que no tenía más inconveniente que el de costar vidas a montones, inconveniente que bien mirado era muy relativo, pues no faltaba el que deseara se exterminasen todos de una vez.

Ya sin los grandes sombreros, pues se habían pintado la cara tan bien que ni Chu-Si-Kan hubiera sospechado que no eran de raza amarilla,

se fueron los dos héroes hacia las afueras de la ciudad, siguiendo la dirección norte

Al mismo tiempo, Juanita manifestaba a su padre el propósito de ir a dar un paseo por la ciudad.

—Por la ciudad, bueno—repuso el señor Alister—; pero no os alejéis del centro, pues podría sorprenderos una revolución, cosa que aquí es tan frecuente como los atropellos de los automóviles en nuestro país.

Salieron Juanita y Sara. En medio de la plaza hallaron dos carroajes al estilo chino, el cual es igual que el europeo y el americano con la sola diferencia de que aquí tira del coche un caballo y allí es un chino el encargado de la delicada misión.

Los cochecillos son tan pequeños que Juanita tomó uno y Sara otro.

—Hacia el norte—dijo Sara, después de consultar el diccionario.

Y los chinos salieron de estampía.

Llegaron al despoblado. Sólo había allí una especie de fortaleza y, ante la entrada principal, algo que podríamos llamar una plaza y podríamos llamar un campo de futbol, tan desprovisto de cosas estaba.

Pero cerca de la fortaleza, a la sombra de las ciclopéas murallas, había dos chinos de espaldas y ante uno de esos puestos con ruedas que en España se usan para la venta de cacahuetes y otros manjares de semejante categoría.

Sara descargó un sombrerillazo en la cabeza del chino de varas para indicarle se detuviera, cosa que el buen oriental hizo en el acto.

—Allí están!—dijo Sara a Juanita, señalán-

do a los dos chinos que se hallaban de espaldas.

—Es verdad. Ellos son.

Y bajó Juanita y despidieron a los chinos.

—Llamémosles—dijo la muchacha.

—No. Es mejor que les demos una sorpresa.

Ahora verá usted.

Y sacando una navajita que llevaba en el bolso, una preciosa chuchería que había adquirido en el buque, se acercó a Slim de puntillas, le cogió la trenza y, de un solo tajo, se la cortó en redondo.

Tanto ella como Juanita se echaron a reír, pero el chino volvió la cabeza y se quedaron más serias que un sarcófago.

¡No era Slim!

¡No era Arturo!

¡Eran dos chinos de verdad!

* * *

El lector se imagina parte de lo que sucedió, pero no todo.

El chino comenzó a dar voces ininteligibles. De eso estábamos todos al cabo de la calle.

Pero he aquí que en seguida acudieron algunos soldados que hacían guardia en el fuerte y, sospechando sin duda de que fueran espías las blancas damas, las hicieron prisioneras.

Si la sombrilla de Sara hubiera sido una ametralladora, a estas horas estaríamos describiendo una espantosa matanza, pero no era más que una sombrilla y la cosa se redujo a una lluvia de palabras que resonaban como petardos.

Y ahora viene lo emocionante.

Cuando las damas eran conducidas a la en-

trada del fuerte, llegaron Slim y Arturo a la plaza.

—¡Míralas!—exclamó Arturo.

—¡Las llevan prisioneras! ¡Corramos!

Y corrieron, dispuestos a jugarse la vida.

VI

La intención de ellos era entrar en el fuerte detrás de las damas.

Pero no bien hubieron llegado a la puerta, sonaron algunas descargas en la lejanía, se produjo algazara y las puertas se cerraron.

Inmediatamente, por entre los troncos de que el portón estaba formado, asomaron blancas, fulgentes y agudas bayonetas que rozaron las nárices de Arturo y Slim.

* * *

Juanita y Sara fueron encerradas en una celda cuya puerta estaba formada por barrotes que más que tales eran columnas.

Desde allí oyeron la batalla que inmediatamente se entabló.

—¿Qué sucede?

—Sin duda son los revolucionarios de que nos ha hablado su papá.

En efecto, eran los revolucionarios.

Lo que sucedió alrededor del fuerte, Juanita y Sara lo presumieron, pues vieron aparecer nuevas y furiosas caras por el corredor que había frente a la puerta.

—Son los revolucionarios, que se han apoderado del fuerte.

Acertó Sara, así como acertó al sospechar

qué no por eso había mejorado la situación en que se hallaban.

Vieron pasar una camilla por el corredor y vieron como la introducían en un cuarto cuya puerta daba al pasillo.

Cuando esta puerta se cerró, después de salir los que habían transportado la camilla, el blanco



...agudas bayonetas que rozaron las narices de Arturo y Slim

lienzo que cubría a ésta se movió y aparecieron debajo de él Slim y Arturo.

La idea de hacerse los muertos había sido fruto del ingenio de Slim.

Sólo así pudieron penetrar en el fuerte sin infundir sospechas.

Poco después oyeron voces en la habitación contigua.

—¡Hablan en inglés!

—¿Serán las muchachas?

—No. Las voces son de hombre.

Los ojos de Slim se detuvieron sobre un objeto que había en el recinto, una pala, y, obedeciendo a una inspiración súbita, la empuñó y abrió en menos que se cuenta un boquete en el suelo, junto a la pared, por el que les fué posible pasar a la pieza contigua.

Era una especie de patio y en él se hallaban el señor Alister y otros hombres blancos.

—¿También usted está prisionero?—exclamó Arturo, sin preocuparse, en aquel crítico momento, de la enemistad que había entre el padre de Juanita y él.

—También—repuso el señor Alister—. He salido a buscar a mi hija y la he encontrado, pero ya ves qué inútilmente.

Mientras cruzaron estas y otras frases de semejante brevedad, las poderosas manos del fogonero abrieron un boquete por debajo de la pared del patio.

Estaba dando las últimas paladas, cuando se presentó un centinela, el cual se quedó mirando muy atentamente lo que Slim estaba terminando de hacer.

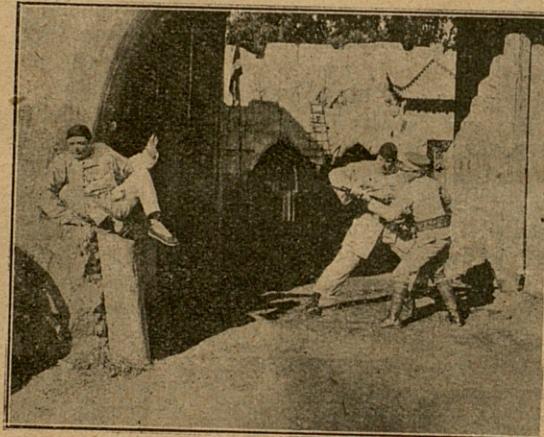
Apenas vió entrar al centinela, Arturo se dirigió a él y dando un puntapié a Slim comenzó a hablarle por señas con las que pretendió darle a entender que aquello lo hacían para acabar de fastidiar a los prisioneros.

Al ver Slim al enemigo, siguió la ingeniosa farsa de Arturo, mediante la cual se mostraban

amigos de los chinos y, aprovechando una ocasión propicia arrebató el fusil al centinela, fulminándolo acto seguido de un puñetazo.

En seguida acabó de abrir el boquete e hizo huir por él a los prisioneros.

Escaparon todos... todos menos el señor Alis-



... arrebató el fusil al centinela.

ter, el cual no quiso salir de la prisión dejando en ella a su hija.

—¿Dónde están? ¿Acaso las ha visto usted? —preguntó Slim.

—Sí. Su celda da a un pasillo que debe de estar detrás de ese cuarto en el que estaban ustedes.

—Entonces—dijo Arturo, poseído de repen-

tina intrepidez—, espere y huiremos todos juntos.

* * *

Pasaron al cuarto por el boquete y ya iban a abrir la puerta cuando algo les detuvo. Fué como si un cuerpo se apoyara violentamente en ella.



...el segundo hubo de hacerlo desde el suelo porque resbaló y cayó.

—¡Silencio! ¡Quieren abrir!

Y se apoyaron contra la puerta para evitarlo. Pero oyeron en seguida una voz de mujer, un grito de angustia, y Arturo exclamó:

—Abre, Slim. Es Juanita.

Abrieron, pero ya no estaba allí Juanita.

Armado con la pala, pues no tenía nada me-

jor para defenderse, Slim miró a un lado y a otro.

Un nuevo grito de Juanita, seguido de otro de Sara, hizo correr a Slim, llevando a Arturo a la zaga.

Comprendieron en seguida el origen de aquellos gritos: un chino con cara de chimpancé acosaba a Juanita.



Slim dió un puntapié a la armada mano.

Al ver a Slim con la pala en ristre, el chino empuñó el revólver y comenzó a hacer disparos, pero estaba tan asustado al sentir sobre su rostro la terrible mirada del fogonero, que erró el primer disparo y el segundo hubo de hacerlo desde el suelo porque resbaló y cayó.

Consiguió levantarse y siguió haciendo dis-

paros, pero sin acertar ninguno. Cuando el gatillo funcionó en vano por haberse terminado las cápsulas, Slim dió un puntapié a la armada mano y uno de sus contundentes puñetazos a la chinesca y chimpancesca mandíbula.

Después sólo tuvo brazos para rodear y estrechar el cuerpo de su idolatrada Sara, cosa que Arturo había hecho ya con Juanita.

Volvieron todos juntos al hotel y aquel mismo día emprendieron el viaje de retorno. Era preferible quedarse sin antigüedades a permanecer un día más en aquel infierno.

¿Habremos de decir que desapareció el renor que el señor Alister profesaba a Arturo? No, porque ya lo hemos dicho.

Y diremos también que a poco de partir el barco se celebraban a bordo dos bodas. Los maridos eran Slim y Arturo, las esposas Sara y Juanita.

F I N

PRONTO, la esperada colección

BIBLIOTECA

RODOLFO VALENTINO

Todos los asuntos interpretados por este
inimitable artista.

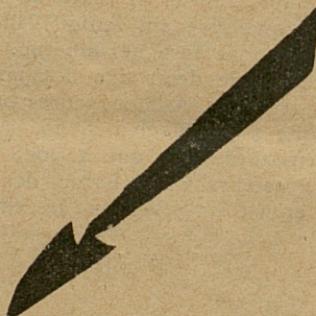
Primer número:

“COBRA”

Precio: 50 céntimos

Gran éxito.

en las selectas *Ediciones Especiales* de
La Novela Semanal Cinematográfica



La copla andaluza

con cantares

¡ADQUIERALÁ ENSEGUIDA!

Precio: 1 peseta

De interés para todos, especialmente para los padres

Ediciones BISTAGNE

ha puesto a la venta una nueva publicación semanal dedicada a los niños, pero que los propios padres leerán con deleite, cuyo título es:

EL CUENTO SELECTO

Su precio es de 15 céntimos

y todos los asuntos que se publiquen tendrán un alto valor educativo.

Inmejorable presentación

El mejor cuento del hogar

15 céntimos!